

# Las fosas de Franco

Francisco Viguera Roldán

Asociación Granadina para la Recuperación de la Memoria Histórica

Ahora, sí. Ha llegado el momento de abrir las fosas de Franco para hacer justicia a los republicanos que la dictadura dejó tirados en las cunetas. En Granada tenemos la más simbólica, la que oculta los restos del poeta Federico García Lorca y del maestro Dióscoro Galindo González, unas de las más documentadas por los investigadores. Pero no será la única, porque Víznar es un territorio sembrado de fosas comunes que aguardan justicia. Sin olvidar El Carrizal, Montefrío o el Valle de Lecrín. Y no se trata de remover la tierra con excavadoras, ni de provocar un espectáculo mediático. La apertura de fosas tiene que hacerse con métodos científicos, con la tecnología más avanzada – disponemos de ella en el Departamento de Antropología Física de la Universidad de Granada – y con la sensibilidad propia de una excavación arqueológica. Han pasado ya 68 años y los familiares de las víctimas todavía no han podido recuperar los restos de sus desaparecidos. Una reivindicación legítima que vienen planteando desde que murió el dictador en 1975.

La apertura de las fosas será uno de los acontecimientos más importantes de lo que ya se conoce como segunda transición democrática. La primera no fue una verdadera transición. A esta conclusión llegan los periodistas Emilio Silva y Santiago Macías, autores de “Las fosas de Franco” (Temas de hoy. Historia viva.), un libro de investigación sobre los republicanos desaparecidos durante la Guerra Civil. Los dos periodistas recuerdan que en 1976 los herederos del franquismo tramaron un plan para eliminar el rastro dejado por la brutal represión. El entonces ministro de Gobernación, Rodolfo Martín Villa, ordenó a la Guardia Civil que enviara a Madrid los archivos relacionados con la represión que existían en los cuarteles de casi todos los pueblos. En una actuación digna del cardenal Cisneros, Martín Villa quemó miles de documentos para acabar con la memoria de los republicanos fusilados y arrojados a las fosas. Destruyó datos valiosos sobre personas desaparecidas, para impedir que los investigadores pudieran documentar uno de los episodios más repugnantes de nuestra historia. Una maniobra bien calculada para que la atroz matanza se diluyera en leyenda. Como si no hubiera existido. Más tarde, amañaron la Ley de Amnistía de 1977, para lograr la impunidad y mantener en democracia los mismos privilegios que les había otorgado la dictadura. Una especie de ley de punto final que permitía a los “rojos” salir de las cárceles franquistas a cambio de que los autores de la represión no fueran juzgados por sus crímenes.

Con el triunfo de la izquierda en las elecciones municipales de 1979, muchos familiares creyeron que había llegado la hora de pedir justicia. En algunos pueblos hubo manifestaciones de protesta frente a las casas de los pistoleros y llegaron a abrirse algunas fosas para recuperar los restos de los fusilados. Pero la ilusión de justicia se desvaneció bruscamente a causa del frustrado golpe que encabezó el coronel de la Guardia Civil, Antonio Tejero, en 1981. A pesar de todo, los familiares volvieron a tener esperanza cuando el PSOE ganó las elecciones, un año después. Pero quedó de nuevo truncada, pues la intentona golpista de Tejero era reciente y aconsejaba prudencia. Pasaron ocho años más y, en 1990, Felipe González ganó las terceras elecciones generales por mayoría absoluta. Los familiares sentían que su hora estaba cerca. El golpe quedaba ya lejos y no parecía existir ningún obstáculo para saldar, por fin, la deuda pendiente con los represaliados del franquismo, muchos de ellos, militantes del PSOE. Sin embargo, en esta ocasión tampoco fue posible.

En 1998, con la derecha de nuevo en el gobierno, el entonces ministro de Defensa, Federico Trillo también negó la autorización para reflotar el submarino republicano C-3, hundido durante la guerra frente a las costas de Málaga, por otro submarino alemán al servicio de Franco. El C-3 se convirtió en una fosa común, a 70 kilómetros de profundidad, para los 37 marineros que prestaban servicio en el submarino y cuyos restos son reclamados por sus familiares. Para desestimar la operación, Federico Trillo declaró que “la mejor tumba de un marinero es el mar”. Los familiares piensan de forma distinta: “La mejor tumba de un marino es la que quiera cada familia”.

A estas alturas, han fallecido muchos de los testigos directos de la masacre, pero aún estamos a tiempo. Los familiares se han unido en la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, con la convicción de que es la última oportunidad para hacer justicia y documentar la tragedia que ha marcado a varias generaciones. Como dice Isaías Lafuente en el prólogo de Las fosas de Franco: “Si la memoria no se abre definitivamente para saber la verdad, identificar a las víctimas y rendirles un homenaje póstumo, esa memoria cautiva y desarmada hará que las tropas nacionales hayan alcanzado sus últimos objetivos”.

Lo cierto es que sesenta y ocho años después, los “paseados” republicanos siguen tirados en las cunetas. Pues bien, nada ni nadie puede cercenar el derecho de centenares de familias, como la del maestro Dióscoro Galindo o la del anarquista y banderillero Francisco Galadí, a recuperar los restos de sus desaparecidos. En Santaella (Córdoba) más de 30 profesionales y varias decenas de voluntarios trabajan desde el pasado 19 de junio en una fosa común para recuperar los restos de 36 desaparecidos de esta localidad. Otras provincias, también están abriendo sus fosas para cerrar con dignidad este capítulo de nuestra historia reciente.

Granada, en cambio, vuelve a quedarse atrás. Permanece, una vez más, amnésica e indolente. Cualquier turista que visite estos días nuestra ciudad puede ver el nombre de José Antonio Primo de Rivera en un muro de la catedral. Después se dirige a la calle Reyes Católicos y observará, en pleno centro de la capital, la sede de la Falange, un partido que dio innumerables “paseos” durante la guerra. Y unos metros más allá, frente al Palacio de Bibataubín, el monumento que rinde homenaje al fundador del partido fascista. Nuestro visitante se llevará la impresión de estar en una ciudad anclada en el pasado y nostálgica del franquismo. Si el viajero continúa su visita por la provincia, verá que, en poblaciones como Huéscar, el Ayuntamiento ha puesto a una calle el nombre del general Queipo de Llano, tristemente célebre por su frase “dales café, mucho café”, con la que animaba al comandante Valdés a matar a miles de granadinos, que sus familias no han vuelto a ver nunca más.

Quienes se oponen a la apertura de las fosas deben saber que las heridas abiertas por la Guerra Civil sólo se cerrarán cuando los restos de los “paseados” vuelvan a casa; es decir, reciban una sepultura digna. No podemos permitir que los verdugos impongan su voluntad. Los desaparecidos deben descansar donde quieran sus familiares.

(Publicado en Ideal, 18 de julio de 2004)